

jando los políticos su cigarro á medio fumar, por no distraerse en sus meditaciones profundas sobre acontecimiento tan extraño; pero ni toda la elocuencia de los fumadores, ni aun los manifiestos *ultra-diplomáticos* que dieron al público los ministros *dimisionarios*, explicaron el misterio. Aquella ocurrencia produjo la caricatura única pasadera que yo haya visto en el país. El presidente está representado en ella solo en su poltrona, con un ceño que manifiesta su mal humor, y haciendo los mayores esfuerzos para detener una de las cuatro ratas que corren al rededor, á la cual le tiene cojido el rabo con el pie. Las cabezas de los animales son bastante parecidas á las de los cuatro ex-ministros. El general Jackson parece en efecto que rogó á Mr. Van Buren, secretario de estado, que permaneciera en el gabinete hasta que se le nombrara sucesor, y esto dió motivo á la agudeza con que respondió su hijo, preguntándole cuándo volveria su padre á Nueva-Yorc : — « Cuando el presidente le quite el pie. »



CAPITULO XXX.

Viage á Nueva-Yorc.—Rio Delavara.—Diligencia.—Ciudad de Nueva-Yorc.—Colegiata instituida para señoritas.—Teatros.—Jardin público.—Iglesias.—Canal de Morris.—Modas.—Carruages.



A pesar de la lentitud que acompaña necesariamente las consultas y disposiciones que preceden á la navegacion, para atravesar el Atlántico, nuestro plan quedó al cabo arreglado; debiendo á la primavera ir, segun él, á Nueva-Yorc y visitar la catarata del Niágara, y á principios del verano embarcarnos para volver á nuestros hogares.

No bien llegó la carta que decidió nuestra resolucion definitiva, cuando empezamos nuestros preparativos de marcha. Hicimos nuestro último viaje por el Potomac, dimos el último adios á la Virginia, y consagramos un último dia á nuestros buenos amigos de las cercanías de Washington.

La estacion, aunque perezosa y tardía, ya

estaba entrada lo bastante para procurarnos un viaje alegre; y aunque el camino de Washington á Baltimore no ofrecia la pompa de verdura y follage que habiamos admirado al pasarlo la primera vez, sin embargo aun estaba divertido y podia llamarse hermoso. Las azuleas estaban cubiertas de flor, y los delicados y amarillos pimpollos del sasafras casi rivalizaban con su fruta en belleza.

En Baltimore nos volvimos á embarcar á bordo de un vapor colosal, y llegamos á Filadelfia sobre la media noche. Allí cambiamos de buque, y tuvimos tiempo antes de salir por la mañana, para dar la última vista á los pórticos dórico y corintio de los dos célebres templos consagrados á Mamon (*).

El rio Delavara continúa su curso por cima de Filadelfia, atravesando un terreno demasiado llano para que su perspectiva sea pintoresca y graciosa; sin embargo no dejan de animarla tantas casas de campo como cubren sus orillas; porque si en la arquitectura de aquellos edificios campestres y en la disposicion de sus jardines se nota menos inteligencia y gusto que en las deliciosas quintas del Támesis, no por eso es menos agradable el recrearse con su

(*) El banco de los Estados-Unidos y el de Pensilvania. Mamon ó Mamona era la divinidad que adoraban los Siriacos como dispensadora de las riquezas.

vista, al pasar cortando rápidamente las aguas plateadas de la corriente anchurosa que riega sus llanuras. Allí se ven la riqueza y los placeres que tan en armonía estan con la noble ciudad á que sirven de desahogo. Una de aquellas habitaciones llamó nuestra atencion, no solo por ser mayor que las otras y mas opulenta, sino porque el recinto que servia de cementerio á la familia, estaba señalado por un soberbio monumento de mármol negro y blanco, que se levantaba con majestad melancólica en frente de la puerta de entrada.

En la Virginia y Marilanda habiamos observado que casi todas las familias tienen junto á la misma habitacion en que viven su pequeño cementerio, plantado de acacias y cipreses; pero una morada tan opulenta para servir de asilo á las cenizas de los muertos parecia un adorno demasiado melancólico en la mansion de los vivos.

Desde una distancia considerable divisamos la habitacion de José Buonaparte, situada en la orilla de la Nueva-Jersey, en medio de una vasta extension de territorio de que es posesor.

Allí el *ex-monarca* ha edificado varias casas, que estan ocupadas por inquilinos franceses. El pais es mui llano; pero han construido un terraplen por los dos lados, el cual domina el rio y da vista hasta una distancia mui lejana.

En el punto en que forma el terraplen un ángulo recto, han erigido una capilla magnífica, que tiene toda la apariencia de un observatorio. Yo admiré el ingenio con que el católico príncipe ha hermanado la religion y el buen gusto. La parte superior del edificio representa por todos lados una inmensa cruz, formando el travesaño, si puede llamarse así, la salida de un ancho balcon que da vuelta á una torre.

Un caballero cuáquero de Filadelfia exclamó, mirando atónito aquella habitacion: « ¡ Ahí vemos el monumento de una corona derribada! ¡ cosa rara! Los reyes destronados buscan y encuentran su mejor fortaleza en una república. »

El acento del cuáquero participaba mas del tono de la filosofía que del tono de la burla, y el aire de su rostro anunciaba la suavidad y la benevolencia; pero yo escuché á otros que apuraban su ingenio y chiste para lanzar epigramas poco cuáqueros sobre la satisfaccion agradable que debia inspirar á un pretendido rei la seguridad de una alianza fiel entre su cabeza y sus hombros.

En Trenton, capital de la Nueva-Jersey, dejamos nuestro buque tan cómodo y cuyo movimiento era tan suave y casi imperceptible, para enjaularnos en el coche mas detestable que jamas construyera cristiano con el fin

de dislocar las coyunturas de sus desgraciadísimos y nunca bien compadecidos prógimos. Diez máquinas de tortura semejantes á nuestro carretón se llenaron con los pasajeros que salieron con nosotros del vapor. El cambio de nuestro movimiento no fué mas notable que el que se operó en el humor y semblantes de nuestros compañeros de viage. Los elegantes que habian hecho la travesía de Filadelfia á Trenton, tendidos á la larga en un blando sofá, ó meciéndose en una silla, con toda la satisfaccion que inspiran un corsé tieso y la empinada é inflexible corbata, y que matando de amor á las mal-avisadas bellezas que osaban mirarlos de reojo, parecian armados de ballena de un buque encantado—aquellos mancebos garridos de cuerpo tan guardado, de corazón tan dulcemente pácifico, magullados, no bajo el peso sino por los pellizcos de su armadura, tenian mas traza de víctimas que sufrían el martirio de la rueda, que de apuestos donceles prontos á provocar lides de amor. En realidad, los infelices debían pasar las penas del purgatorio, porque las ballenas se les metían en el alma, y sus caras hacían las muecas y gestos mas extraños á que se puede prestar el semblante humano. ¡ Qué triste fué tambien la mudanza para las lindas señoritas con sus inmensos sombreros, cada uno de los cuales necesitaba el si-

tio de tres! ¡pobre gente! Yo me imaginaba que tal vez serian de la familia de Ondina, bella ninfa de las aguas, y que solo se podian sonreir, al escuchar el ruido de su elemento. Muchas veces, viendo á mis compañeros tan horriblemente alterados, se me pasaron vivísimos deseos de preguntarles: « ¿Tengo yo vuestro ceño? » A la verdad creo que yo tenia un semblante mas airado, porque tanto el camino como el dichoso carruage eran demasiado malos para mi filosofía.

Por fin nos encontramos medio vivos todavía á bordo del buque que nos debia conducir bajando por el Raraton á Nueva-Yorc.

Al entrar en el vapor, era nuestra intencion acostarnos y curarnos los huesos; pero la vista de una mesa cubierta con limpieza y primor nos hizo mudar de parecer, y nos sentamos á comer en lugar de irnos á dormir. Mal pecado y vergüenza hubiera sido cerrar los ojos, cuando no tardamos en avistar una de las escenas mas pintorescas de aquel pais. Yo no he visto la bahía de Nápoles, y asi no puedo hacer comparacion; pero no soi capaz de imaginar por mera fantasía un cuadro mas espléndido y agradable que el puerto de Nueva-Yorc. Varios son y á cual mas hermoso los objetos que por todas partes se ven, pero nombrarlos seria solamente dar una lista de palabras, sin

que por ellas pudiera concebirse la mas ligera idea del encanto de aquella perspectiva. Dudo que el pincel de Turner hubiera alcanzado á retratarla con exactitud, tal cual se alzaba delante de nosotros con todo su esplendor y majestad. Parecia que nuestra quillá se abria paso por olas de oro líquido para entrar en el puerto de Nueva-Yorc, y conforme ibamos pasamos las verdes islas que salen de su seno, como centinelas que guardan la hermosa ciudad, el sol extendia á cada momento mas y mas lejos sus últimos rayos con una direccion horizontal, como para indicarnos alguna nueva gloria de tan sublime cuadro.

Nueva-Yorc, aun viéndola con una luz mas sobria, nos pareció una bella y noble ciudad. A nosotros que acababamos de atravesar por selvas y montañas á medio desmontar, y que saliamos de la sociedad de una poblacion ruda y grosera, tal vez nos pareció mas hermosa, mas opulenta, y mas refinada que nos hubiera parecido, si hubiesemos llegado directamente de Londres; pero concedido esto, debó asegurar que en mi opinion Nueva-Yorc es una de las mas hermosas ciudades que yo haya visto, y tan superior á las demas de los Estados-Unidos, sin exceptuar Filadelfia, como Londres á Liverpool, ó Paris á Ruan. Su situacion no puede mejorarse, y quizá no le

lleva ventajas en esa parte ninguna otra poblacion. Fundada en una isla, que un dia cubrirá toda, sube como Venecia del fondo de la mar, y como la mas bella entre las bellas ciudades en los dias de su gloria, recibe en su regazo el tributo de todas las riquezas de la tierra.

La punta meridional de la isla de Manhaten divide las aguas de la bahía en los rios del norte y del este; allí está asentada Nueva-Yorc extendiéndose de rio á rio, y corriendo ácia el septentrion hasta unas tres ó cuatro millas. Yo creo que ocupa tanto terreno como Paris, pero está mucho mas claramente poblada. La extremidad de la punta que da á la mar está fortificada con una batería y forma un punto admirable de defensa; pero en estos dias de flaca paz es un paseo público, y quizá el mas hermoso paseo de que pueda jactarse ninguna otra ciudad. Allí comienza el magnífico Camino-ancho (Broad-way), como llaman la hermosa avenida que atraviesa toda la poblacion: soberbia calle que puede competir con cuantas he visto en prolongacion y anchura, ricas y vistosas tiendas, frescos y primorosos toldos, aceras cómodas, y concurrencia elegante. Verdad es que no la anima el bullicioso estruendo de los innumerables trenes de *Bond-street*, y que no posee las opu-

lentas fachadas de la calle del Regente; pero su extension es grandiosa y está adornada con varios bellos edificios, de los cuales hai algunos cercados de jardines y de árboles. El parque donde está la suntuosa casa de la ciudad, es mui bello. Pero ¿de qué servirá la descripcion de los pormenores de aquella gran metrópoli del Nuevo-Mundo? Yo no he leído todavía descripcion alguna de ciudad, por completa y exacta que haya podido ser, que me la representara como si yo la viese; ademas, si hai ese talento de transportar la imaginacion del lector á iglesias, plazas, y largas y variadas calles, yo estoi convencida de que no lo tengo; asi que en lugar de describir minuciosamente Nueva-Yorc, me contentaré con decir que durante las siete semanas de nuestra residencia en ella, á cada instante hallamos alguna cosa nueva que ver y que admirar; y si no fuera porque tan lejos está de todas las cosas del Mundo-Viejo que tan arraigadas viven en el corazon de un Europeo, diria que no he visto ciudad mas halagüena para fijar en ella una residencia agradable.

Las casas de las familias ricas son extraordinariamente bellas, y estan lujosísimamente alhajadas. Mas y mas veces suelen verse colgaduras de seda ó raso que muselinas ni *chinzas*; los espejos en nada ceden á los de Lon-

dres; los veladores, costeros y mesas son tan elegantes como los mejores de nuestros muebles; y por añadidura tienen todos los lindos adornos de porcelana francesa y doraduras con mayor abundancia, porque van á precios mucho mas cómodos. Todas las casas estan alfombradas perfectamente, de alto á bajo, y los remates y partes menudas como escaleras, barandas, cuadros de puertas y demas, son de gusto mui superior. Casi todas las ventanas tienen persianas verdes por la parte exterior; los balcones no son mui comunes, ni se ven engalanadas las habitaciones por fuera con tantas flores como en Paris ó en Londres; ví empero infinitas estancias adornadas por dentro exactamente de la misma manera que el tocador de una petimetra europea. Bufetes y mesitas pequeñas que parecian floreros exhalando deliciosos perfumes, cartones, bronce, bustos, camafeos y vasos de alabastro, servian de ilustracion á varios volúmenes con cubiertas de seda, que contendrian algunos versos ó romances de la predileccion de las damas; en una palabra todas las lindezas y bagatelas elegantes de nuestros salones se veian esparcidas por la estancia con la misma profusion y la misma negligencia estudiada que se ven entre nosotros.

« Hudson-square » ó la plaza de Hudson y

sus cercanías son, en mi entender, los sitios mas de moda de la poblacion. La plaza es soberbia, y está plantada de árboles de muchas y mui diferentes especies, no faltándole para competir con nuestras mejores plazas sino que sieguen con mas cuidado y mas á menudo la yerba que crece en el centro desmesuradamente. La verja que rodea el recinto plantado, es tan bella y elevada como las de las Tuilerías, y para dar una idea del esmero con que á toda costa la han hermoseado, bastará decir que la arena del piso de los paseos y senderos que la atraviesan fué trasportada á Nueva-Yorc, no como lastre sino como cargo.

El defecto principal de las casas de Nueva-Yorc es la demasiada uniformidad. — Quien ve una, las ve todas. Yo les encuentro tambien el de la distribucion interior, que no me gusta. En casi todas las casas estan en el mismo piso el comedor y la sala de estrado, dividido aquel de esta por anchas puertas de dos hojas, que abiertas forman una pieza verdaderamente estupenda, pero que, cerradas, hacen dos piezas mal unidas; pues no hai puerta que baste para alejar un comedor de una sala de estrado á la distancia que debe separar cosas tan opuestas. Sin embargo no por eso los convites mezclados de damas y caballeros son mas frecuentes: defecto enorme de la sociedad, que no sola-

mente los priva de los momentos mas expansivos y deliciosos, sino que los induce á repetir á menudo sus banquetes de hombres sin mugeres, lo que ciertamente no contribuye á refinar las costumbres ni pulir los modales.

Las reuniones de noche ó tertulias, excepto las de la juventud, son generalmente reuniones para hablar un rato. La temporada de nuestra residencia en Nueva-Yorc era demasiado tardía para grandes reuniones, mas lo que vimos, bastó para convencernos de que se debia encontrar una sociedad, que en cualquiera parte mereceria la calificacion de deliciosa. Rara vez se juega á las cartas; y la música, no teniendo profesores que sostengan sus conciertos, no es por lo comun tan buena como la que se oye en las reuniones particulares de Londres.

Los Americanos ciertamente no tienen la misma necesidad de divertirse que las otras gentes. Quizá por eso serán mas circunspectos y juiciosos, pero tambien por eso son mucho menos agradables á los ojos del observador y de los extrangeros.

Hai tres teatros en Nueva-Yorc, los cuales visitamos. El teatro del Parque es el que solamente merece la aprobacion de la moda, pero el de la Enramada (Bowery) le es infinitamente superior en belleza. A la verdad este

teatro es de los mas lindos en que yo he entrado — perfecto en su tamaño y proporciones, adornado con elegancia, y rival de cualquier otro de Londres en escenario y maquinaria; á pesar de tantas ventajas no está en moda. La buena sociedad ha fulminado su anatema de reprobacion contra el de Chatham, de modo que se necesita mas que valor para poner el pie en sus umbrales, y no creo que mi curiosidad hubiera ido tan lejos, si no hubiera visto anunciado el Rienzi, tragedia de Miss Mitford. La pieza, que ví representar allí por la primera vez, me gustó mucho, aun desempeñada mui mediocrementemente como lo fué: en efecto grande y mui grande debia ser el interes que me inspiraba, cuando hasta que cayó el telon, no ví la cuarta parte de las cosas extrañas que se revolvian en aquella atmósfera. En el primer asiento de un palco primero descubierto llenaba una buena madre el mas maternal de los oficios maternales; varios caballeros se habian aligerado de sus inútiles casacas y levitas; en una palabra, reinaba en aquella distinguida concurrencia el menosprecio mas filosófico de toda decencia humana.

En el teatro del Parque volví á ver al Roscio americano, es decir, por si no se acuerda el lector, á Mr. Forest. Representó el papel de Damon, y á la verdad, no me pareció un

ruiseñor, ni sé con quien se pueda comparar quien verrea como Mr. Forest. En cuanto á mí confieso que no me gusta el famoso actor de los Americanos.

Otra noche vimos en el mismo teatro la ópera de *Cinderella*, cuya primera parte ejecutó Mistress Austin con infinito aplauso. La pieza fué muy bien representada efectivamente, y nos proporcionó la ocasion de ver el teatro lleno de una lujosísima concurrencia; pero hasta en medio de toda aquella elegancia sobresalian mas de una cara que no habia tocado la navaja en muchas semanas, quijadas hinchadas con el bulto de un trozo de tabaco gigantesco, y labios en que se habia acostrado el zumo asqueroso de esa maldita yerba, oyéndose al mismo tiempo sin cesar el escupir que necesariamente provoca. Si sus teatros tuvieran la orquesta de Feydeau (*), y un coro de ángeles por complemento, poco placer disfrutaria yo en ellos, si habia de sufrir el efecto armonioso de ese *bajo concertante* perpetuo.

Estando en Nueva-York me presentaron el programa de un colegio elegante, del cual hice

(*) Mistress Trollope no ha elegido ciertamente el teatro de Paris cuya orquesta puede dar fuerza á su condicion. El teatro de Feydeau está cerrado hace mucho tiempo. El teatro de Paris cuyo instrumental es magnífico, es sin duda el de la Academia real de Música; pero sus coros son tan execrables como brillantes sus *corps de ballet*, ó comparsas de baile.

los extractos siguientes, como muestras del método vasto y progresivo de educacion propuesto para las jóvenes.

INSTITUTO COLEGIAL DE BROOKLYN

PARA SEÑORITAS,

Brooklyn Heights, en frente de la ciudad de Nueva-Yorc.

DIVISION DE MENORES.

SEXTA CLASE.

Gramática Latina, *Liber Primus*; el Lector latino de Jacob (primera parte); Geografía moderna; Aritmética speculativa y práctica, acabada; Gramática de Elocucion del doctor Barber; Caligrafía, Lectura, Composicion y Música vocal.

QUINTA CLASE.

El Lector latino de Jacob (segunda parte); Antigüedades Romanas; Salustio; Introduccion á la composicion latina de Clark; Geografía Antigua y Sagrada; Estudios de Poesía; Breve compendio de Retórica; Dibujo de cartas, Composicion, Lectura y Música vocal.

CUARTA CLASE.

Los Comentarios de César; los cinco prime-

ros libros de la *Enéida* de Virgilio; Mitología; Watt sobre el entendimiento; Geografía política (por la obra grande de Woodbridge); Historia Natural; Tratado de los Globos; Historia Antigua; Conclusion de los Estudios poéticos; Gramática Inglesa, Composicion, Lectura y Música vocal.

TERCERA CLASE.

Virgilio (acabado); Oraciones selectas de Ciceron; Historia Moderna; Geometría plana; Filosofía Moral; Lectura crítica de los Poemas de Young; Dibujo de Perspectiva; Retórica; Lógica; Composicion y Música vocal.

SEGUNDA CLASE.

Tito Livio; Horacio (sus odas); Teología natural; un pequeño Resúmen de la Historia Eclesiástica; Biografía de las Mugerres; Algebra; Filosofía Natural (Mecánica, Hidrostática, Neumática y Acústica); Filosofía intelectual; Evidencias del Cristianismo; Composicion y Música vocal.

PRIMERA CLASE.

Conclusion de Horacio; Tácito; Filosofía Natural (Electricidad), Optica, Química, Mineralogía y Geología; Compendio de Economía Política; Composicion y Música vocal.

«El frances, el español, el italiano y el griego, pueden aprenderse en dicho establecimiento, si algunas de las señoritas educandas lo desean.»

La lonja ó bolsa es mui hermosa, y puede considerarse como un término medio entre el aspecto sombrío que ofrece el Cambio-Real de Londres y la sencilla y elevada elegancia que adorna la Bolsa de Paris. Las iglesias son simples, pero mui primorosas, y perfectamente conservadas por dentro y por fuera; sin embargo ninguna de ellas tiene la mas ligera apariencia de esplendor, siendo la catedral católica de Baltimore, el único templo de la América septentrional que deba llamarse opulento.

En Nueva-Yorc, como en los demas pueblos de los Estados-Unidos, las iglesias parecen durante los officios jardines de tulipas: tan brillantes, tan alegres, tan vistosos cuadros forman los grupos y filas de sombreros á la francesa y de caras como rosas; pero cuadros y filas que no interrumpen las desnudas cabezas de la parte masculina de la población, cuya asistencia á los egercicios religiosos está en la misma proporcion que se ha notado anteriormente con respecto á las otras ciudades de la Union. Solamente en Nueva-Yorc logré ver la otra parte de la pintura. En la orilla opuesta del rio del Norte, como á la distancia de tres